

El Inca: fundador de discursividad, fundador de discontinuidad

Facundo Ruiz¹

Resumen. El Inca Garcilaso de la Vega y, especialmente, sus *Comentarios reales* resultan a la literatura lo que Bach, y su *Ofrenda musical*, a la música: fundación, en el conflicto de las interpretaciones, de la lucha por el sentido como su régimen de existencia. Para ello, articula el Inca en sus *Comentarios* las dos sospechas matrices del lenguaje, que el lenguaje no dice exactamente lo que dice y que hay muchas cosas que hablan sin ser lenguaje. Y así redefine el modo de producción de sentido y modifica, irreversiblemente, el espacio de repartición en el cual los signos pueden ser signos, inaugurando un territorio de inteligibilidad distinto (pero no separado) que recompone, aún hoy, el mapa cultural de una ecúmene inesperada pero definitiva. La lengua con la que lo hace, el nombre y figura de autor a que lo atribuye y la temporalidad que construye para radicar su obra son las tres preocupaciones, y directrices, que guían este ensayo.

Palabras clave: Inca Garcilaso de la Vega; *Comentarios reales*; lengua literaria; figuras de autor; historia.

[en] Inca Garcilaso: founder of discursivity, founder of discontinuity

Abstract. Inca Garcilaso de la Vega and, especially, his *Comentarios reales* are to literature what Bach and his *The Musical Offering* are to music: in the conflict of interpretation, the founding of the struggle for meaning as an existence regime. To achieve this, the Inca brings together language's both original suspicions in his *Comentarios*: that language doesn't say exactly what it says; and that there are many things that speak without being language. And thus, he redefines the way meaning is produced, and changes, irreversibly, the space of distribution where signs can be signs, opening a different (but not separate) territory of intelligibility that repairs, even today, the cultural map of an unexpected but definitive ecumene. The language with which he does it, the name and figure of the author to whom he attributes it, and the temporality that he builds in order to place his work, are the three concerns –and principles– that guide this essay.

Keywords: Inca Garcilaso de la Vega; *Comentarios reales*; literary language; figures of the author; History.

Cómo citar: Ruiz, F. (2021) El Inca: fundador de discursividad, fundador de discontinuidad, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 50, 151-158.

Ni será escritor inmortal en América, y como el Dante,
el Lutero, el Shakespeare o el Cervantes de los americanos,
sino aquel que refleje en sí las condiciones múltiples y confusas de esta época [...].

Lenguaje que del propio materno reciba el molde,
y de las lenguas que hoy influyen en la América soporte el necesario influjo.

José Martí

“Nada mata a un hombre como tener que representar un país”, escribe Jacques Vaché en una de sus cartas y, desde entonces, quizá por esa violenta pero elocuente desproporción entre un hombre y un país o, más aún, por ese tan vital como crucial problema de proporción que la representación plantea entre un hombre y un país, me ha sido prácticamente imposible no pensar en el Inca Garcilaso de la Vega y, sobre todo, en sus

¹ Universidad de Buenos Aires–CONICET–Instituto de Literatura Hispanoamericana (ILH). Argentina.
Email: nofacundos@gmail.com

Comentarios reales.² Sin duda, así dicho, el asunto podría resultar engañoso, pues no se trata de que un hombre y un país sean uno más grande que el otro sino de que son materialmente distintos, de donde el problema se desplaza sutilmente hacia cómo esas materialidades distintas, tal vez incomparables, se comunican o trasladan para, en cualquier caso, ponerse en contacto. La frase de Vaché “tan diversamente interpretada –dice César Aira (2004, s/p)–, se refiere a la guerra, en la que es evidente que la representación de un país se hace a expensas de la integridad física.” El orden de lo físico y el orden de la representación se despliegan en la frase de Vaché, y también en los *Comentarios reales*, como inversamente proporcionales: a más representación de un país, menos integridad física de un hombre, y viceversa. De esta manera, podría resultar sencillo criticar las lecturas “nacionales”, “indigenistas” y “biografistas” de los *Comentarios* y, proporcionalmente, adherir a aquellas otras en las que el texto y su representación obligan a articular y traducir modos y sujetos diversos cuya integridad física es, si no secundaria, muy relativa. Pero no es éste mi propósito.

Pues cuando leí la frase de Vaché aún no había leído los *Comentarios reales* y, de hecho, tampoco había leído enteras sus cartas ni sabía que, enviado junto a las tropas británicas en 1916, firmaba algunas de ellas como “Vaché - intérprete” (función que le había asignado el gobierno francés) o jugando con la traducción de su nombre (“Harry James”), o que incluso las escribía mezclando las dos lenguas o citando, comentando y entrecomillando erráticamente frases, libros e ideas –a simple vista– ajenos. De hecho, leí la frase Vaché antes de leer *Rayuela*, pues es epígrafe de una de sus partes. Y entonces el eclipse fue total: la novela de Cortázar, como los *Comentarios*, organizaba “dos libros” que podían –o debían– ser leídos como una sola obra, vale decir, configuraba un mundo distinguido en rigurosos hemisferios que, he ahí la clave, no estaban separados aunque su conexión fuera justamente lo que volvía la trama siempre parcial, siempre fraccionaria, no segunda respecto de su propio intento sino diferida del mismo. Y esto, que en los *Comentarios* establecía a nivel visual cierto “fuera de foco”, evidente en la emergencia continua y rutilante de ruinas incas tanto como en el “objeto” del comentario mismo, a nivel verbal generaba cierta “dis-lexia” y una reverberación que hacían posible no solo al oído atento hallar todo un coro mestizo en el fraseo más formulaico sino, a los ojos más superficiales, encontrar que la provincia de Tapacri estaba “despoblada de habitantes” (I, 174) o que quienes acompañaban a Pizarro en 1531 “acordaron poblar un pueblo” (II, 1, 49) o que los incas “entierran debajo de tierra” ciertos cabos de maromas (I, 177) o que Juan Álvarez de Maldonado llegó donde Gómez de Tordoya le esperaba “bajando por el río abajo” (I, 457). Y así como la novela de Cortázar titulaba dos de sus partes fundamentales “Del lado de allá” y “Del lado de acá”, Gómez Suárez de Figueroa se bautizaba no sólo Inca sino Garcilaso y, según sus palabras, muchas cosas no se hubiera animado a contar “si allá y acá no se lo hubiera oído a ellos mismos” (II, 1, 50).

Y cuando finalmente arribé a los *Comentarios reales* y leí por primera vez la obra magna del Inca, la encontré –como he dicho– leída, y el deseo de Carlos Aranibar (pues fue su edición la primera que conocí) no supe si era maldición eterna a quien lea estas páginas o paradojas de la letra: pretendía, como señalaba en las “Normas de la presente edición”, que los *Comentarios* dejaran de ser un clásico citado por todos para convertirse en un clásico leído por todos, pero algo de eso ya había ocurrido y, peor aún, había ocurrido porque esa obra –desde su título– permeaba deliberadamente la frontera entre “citado” y “leído”, entre “escrito” y “comentado”, entre “todos” y “clásico”. Porque esto fue lo que leí entonces y hoy, todavía, recuerdo como sucedido: que los *Comentarios*, como las interpretaciones, cuando son eficaces, se incorporan a las obras y forman parte medular de su cultura, pues rearticulan sus narrativas y provocan intersecciones donde –siempre– puede aparecer otra cosa; que las interpretaciones y los *Comentarios* son intencionales y que, deliberados, terminan siempre aclarando menos lo ajeno que señalando la opacidad propia; que las prácticas sociales (como la lectura o la guerra) están constituidas y condicionadas por sus relatos y correlatos, siempre evidentes y nunca simples; que las interpretaciones y los *Comentarios*, finalmente, producen efectos y –como quería la exégesis bíblica– si no forjan el acontecimiento lo anuncian en letra de molde. Y este acontecimiento, o su desenlace dramático, da a los *Comentarios* su valor trágico toda vez que fundador, incluso de una moderna narrativa catastrófica, la “que instaura el conflicto de las interpretaciones y la lucha por el sentido como su régimen de existencia mismo” (Grüner, 1995: 17).

² Las citas de las dos partes de los *Comentarios reales* (la primera de 1609 y la segunda, impresa como *Historia General del Perú*, de 1617) se harán indicando la parte (I y II) y la página correspondiente a las ediciones que constan en Referencias bibliográficas. Sólo para la segunda parte, se intercalará el tomo (1, 2 o 3), pues la paginación de su edición no es consecutiva.

Pero que este régimen de existencia fuera –desde el Inca– ciertamente americano, que su eficacia se hubiera vuelto tan cotidiana que ya no pudiéramos interpretar sin comentar y comentar sin glosar y glosar sin hacer aparecer algo distinto, siendo esa “distinción” parte obligada de una dislocación geográfica de nuestra voz y nuestra letra, vale decir, que la invisibilidad con que los *Comentarios* se habían establecido en nuestra literatura toda, en nuestra discursividad americana incluso, no era ni tan sencillo ni tan evidente. Pues aunque no todo lo explica el singularísimo uso del “comento y glosa” como verdadera “tecnología intelectual”, aquella que “describe la transformación progresiva de enunciados que *terminan* por ser verdaderos y de pruebas que *terminan* por hacerse evidentes” (Latour, 2012: 94), ello no impide confirmar su precisión histórica y eficiencia fundacional en los *Comentarios*, la que establece no sólo (o no tanto) un vínculo cuanto, más aún, un vínculo antes que un sentido. Así, mientras el sentido de los *Comentarios*, e incluso el de su “comento y glosa”, puede ser objeto de interpretaciones, el vínculo que los *Comentarios* establecen es un hecho o, mejor dicho, fija un hecho: el de la –cuando menos– doble remisión o dislexicalización de América en su historia, ese *bilingüismo de hecho* de sus acciones y sensaciones, que emerge ya en la bivalencia de su lengua ya en el estrabismo de su mirada y que –a diferencia de una alexia presunta– señala con el dedo una lexis y, sobre todo, la acción en ella tan implicada como complicada (*légein*), es decir, la de “leer” o “decir” tanto como la de “elegir” y “reunir”.

En este sentido, y como Nietzsche, Freud y Marx en el siglo XIX, puede decirse que el Inca Garcilaso de la Vega es, en el siglo XVII y al modificar “profundamente el espacio de repartición en el cual los signos pueden ser signos” (Foucault, 1995: 38), fundador de discursividad. Y no porque el Inca opere, sobre lo incaico-español, una genealogía de la moral ni porque, al señalar un olvido fundamental, avizore algo latente, reactivo pero constitutivo del sujeto, ni porque efectúe la crítica de la interpretación imperial de los historiadores de las Indias, que todo eso –también pero a su modo– hace el Inca. Y tampoco porque, curiosamente, al igual que Nietzsche, Freud y Marx, el Inca –para decir– “señale con el dedo”: *deutung*, además de “interpretación” y “traducción”, indica ese gesto, el mismo que inaugura los *Comentarios*: “Que yo harlo hago en señalarles con el dedo desde España los principios de su lengua para que la sustenten en su pureza, que cierto es lástima que se pierda o se corrompa siendo una lengua tan galana” (I, 6). Sino que es fundador de discursividad porque, como todos ellos, gracias a la habilidad de dichos gestos el Inca hace hablar las cosas “o, más precisamente, *testificar* por intermedio de los instrumentos” (Latour, 2012: 123) a las cosas. De allí que pueda decirse que en el laboratorio del Inca “*el lenguaje articulado de los seres humanos se carga del lenguaje articulado del mundo*” (Latour 2012: 171). O también: que en el laboratorio de los *Comentarios reales* el lenguaje articulado de los americanos se carga del lenguaje articulado del mundo, pre y post-hispánico.

Pero además el Inca es fundador de discursividad pues, para escribir y al hacerlo, levanta –como Nietzsche, Freud y Marx– las dos sospechas matrices del lenguaje: que el lenguaje no dice exactamente lo que dice y que hay muchas cosas que hablan sin ser lenguaje. Por un lado, que el lenguaje no dice exactamente lo que dice aparece –sobre todo en la primera parte de los *Comentarios*– repetidas veces bajo la forma “la mucha significación que los indios encierran en una sola palabra” (I, 78) o “tocan [los españoles curiosos] muchas cosas de las muy grandes que aquella república tuvo. Pero escribenlas tan cortamente” (I, 4) hasta tornarse célebre en la palabra “huaca” (cf. I 73, 76, 160 y 553) y legitimar su tarea como comentarista y su capacidad como intérprete: “Yo escribo, como otras veces he dicho, lo que mamé en la leche y vi y oí a mis mayores” (I, 192). Por otro, los *Comentarios* sostienen la sospecha de que, en el mundo, hay muchas cosas que hablan sin ser lenguaje: así paradigmáticamente las momias de sus antepasados, que el joven Garcilaso ve antes de partir a España en casa de Polo Ondegardo, quien lo alienta a contemplarlas “para que llevéis qué contar por allá” (I, 320); situación que se repite con el pan que le da a comer Garci Sánchez, ex criado de su padre, que le cuenta lo abundante que es la cosecha de trigo en tierras americanas, “para que llevéis qué contar a España” (I, 622); y que incluso alcanza cosas aún más sospechosas, como el rábano gigante –a cuya sombra pastaban cinco caballos– que don García de Mendoza quiere ver “por sus propios ojos para tener qué contar” (I, 622). Esta clase de sospecha, desde el inicio de la segunda parte de los *Comentarios*, enfatiza cosas menos visibles pero no menos elocuentes y contables, como es el oro o –más preciso– el valor de las cosas y el sentido de la riqueza (para incas y españoles, antes y después de conquistado el Perú): “dificultísimo dezir la suma de lo que valen las rentas del Rey de España” (II, 1, 33); y da lugar, conjuntamente, al problema de la referencia (*llevar/tener qué contar* o *re-ferens*) y al del relato (*re-latum*), poniendo en el centro de la escritura nada menos que la histórica cuestión de la mimesis a través de los aristotélicos límites de historia y poesía. Y notablemente: sea a través del rábano gigante o de la momia, en los *Comentarios* no es privilegiado lo verosímil (*endoxal*) sino lo posible (*eikós*) o su semejante, paralógico o paradójico, pudiendo así reconstruir el encuentro de Cajamarca como *quaestio* escolástica (II, 1, 63-72) o aventurar una llegada a América anterior a la de Colón (I, 12-14). Y esto, por supuesto, sin dejar de alojar el “cuento extraño” (o parodia de una parodia: incaica *Batracomiomaquia*) del enfermo que, recluido

en un barco anclado, batalla sin descanso contra un ejército de ratas que intentan comérselo (I, 608-610). Como señaló Colombi, esta “fascinación especial” por los papeles rotos y las ruinas, así como por “todos los objetos, comportamientos y valores que –desprendidos de su sistema de significación originaria al choque con la Conquista– entran en nuevas leyes simbólicas aún en gestación en una sociedad colonial” (2016: 58) dan cuenta, a la par de la sospecha, de cierta disidencia: sospecha del lenguaje, discurso disidente. En cualquier caso, ambas formas de la sospecha encuentran en los quipus y las ruinas edilicias tanto como en el cuento de los melones y la carta parlante, o en la figura y peripecias del faraute Felipillo, un vínculo significativo, y configuran una “lección de escritura” tanto o más sugerente que la narrada y vivida por Lévi-Strauss entre los nambiquara. Así en los *Comentarios* ambas sospechas resultan relevantes, pues a través de ellas el Inca no multiplica los signos del mundo sino que cambia su naturaleza y la manera en la que el signo puede ser interpretado.

Y todo esto encuentra en la segunda parte de los *Comentarios* uno de sus momentos –si no *el* momento– de máximo esplendor o, para decirlo con una palabra que ya entonces volvía a circular y movería el amperímetro de la literatura toda (cf. Guerrero, 1998: 187-204), un momento “sublime”, vale decir, no exento de errores, pues “los genios inmensamente grandes [*hai hypermegétheis physeis*] están lejos de ser puros [...] y en lo sublime, como en las riquezas, siempre hay algo que debe ser pasado por alto” (Longino 2014: 70-1). Esta impureza sublime que bien describe otro hallazgo eminente en la primera parte de los *Comentarios* –el de la piedra del tamaño y color de la cabeza de un hombre, con agujeros por donde asomaban puntas de oro (Libro VIII, cap. XXIV)– es ahora dos veces singular, pues en el Libro I - capítulo XXXVIII no sólo se dan cita dos naturalezas sumamente elevadas, la de la riqueza inca y la del nombre de Dios, sino la razón misma del sospechar y el modo de, pese a ello, afirmar o decir y entender (en) el mundo. Reúne el capítulo dos piezas bien distintas pero no separadas, pues las une la prisión de Atahualpa: en la primera, se cuenta cómo el Inca preso pide a un soldado que le escriba “en la uña del dedo pulgar [...] el nombre de su Dios” y luego cómo, tras preguntar a cada uno que entra a verlo qué dice allí, comprueba que “Don Pizarro” no sabe leer; en la segunda, se vuelve contable la incalculable suma que se habría pagado por el fallido “rescate” del prisionero. Así, se evidencia no sólo el ingenio del Inca (Atahualpa pero también Garcilaso) al probar que leer y escribir “no era cosa natural, sino aprendida” y, por tanto, que jerarquía (poder) y saber no iban juntos entre españoles; sino que para “conformar” las diversas sumas que los historiadores esgrimían y que el Inca considera “erratas del molde” había que –como Bach con los musicales– temperar los instrumentos económicos, afinarlos para que hablaran en una misma tonalidad y cantaran una misma cifra. Es esta simultánea “desnaturalización” de la lengua y “conformación” de un código común lo que confirma –una vez más– el carácter fundacional del discurso incaico, que no sólo permite contar lo incontable y hallar una cifra común sino que prueba que todo relato y toda comunidad se cifra y asienta sobre una convención, que como todo acuerdo es contemporizador pero también, o justamente por eso, no extemporáneo.

De este modo el Inca Garcilaso redefine el modo de producción de sentido, inaugura un espacio de inteligibilidad distinto (pero no separado) y recompone el mapa cultural de una ecúmene inesperada pero definitiva. Esto aparece en los *Comentarios reales* como su lógica de “comento y glosa”: se trata de la misma historia sino que más larga. O también: no hay cosas nuevas que decir sino las mismas palabras, apenas comentadas para dar “relación entera”. Así, naturalmente, la condición de texto y pre-texto (como la frontera entre citado y leído, escrito y comentado, oído y visto) configura, antes que desdibujar o transgredir, una lógica temporal sincopada y una imagen siempre parcial no sólo del sujeto de la interpretación (siempre español e indio, siempre en español y en indio) sino, y sobre todo, del *sujeto a* la interpretación, punto de ruptura y pliegue o “punto de fricción total” (Cornejo Polar, 1994: 26) donde el conocimiento se subordina al deseo (cf. Sommer, 2005: 131) y la experiencia de lo inacabado se torna razón de lo inacabable, temor indiscutible e infinitamente repetido en los *Comentarios* de no poder acabar de escribirlo todo. Así, queda obligado el intérprete a instalarse y reconocerse en el único punto posible de enunciación fiable, que es el punto de vista, allí donde sólo puede decir “la interpretación que toda verdad tiene por función recubrir” (Foucault 1995: 45), allí donde la variación de la verdad no se da según el sujeto sino donde “un eventual sujeto capta una variación” (Deleuze, 1989: 31).

Que lo que sucede en el siglo XIX con el discurso con Nietzsche, Freud y Marx suceda en el siglo XVII con el Inca, por supuesto, ni indica prioridad alguna ni goza beneficio equiparable. Pero da razón histórica de la lógica temporal sincopada que organiza los *Comentarios reales* pues, fundamentalmente, es efecto en ambos casos del mismo afán colonizador europeo: fue la conquista y colonización lo que obligó al americano a formar parte de una totalidad, cuando menos, incómoda y muchas veces ininteligible, pues –entre otras cosas– repartió desigualmente el espacio en el que los signos podían ser signos (y los hablantes podían ser humanos) y creó, en consecuencia, un espacio diferenciado según una dimensión exterior que –todavía hoy–

padecemos quienes hablamos y habitamos la lengua en América. Esto obligó al americano, no inmediatamente –pero la obra de Inca es, aquí también, alarma temprana–, a interpretar las técnicas de interpretación, a pensar cómo nos pensaban y cómo nos (des)escribían, pues –y en este punto los *Comentarios* es hito insoslayable– si la interpretación precede al signo esto supone que el signo no es un ser simple y benévolo, como tampoco lo son el narrador de los *Comentarios* y su lengua, según ha demostrado Mazzotti (1996: 353) y destacado Cerrón-Palomino (2013: 71). De esta manera el signo no sólo no garantiza la generosidad de Dios (como queda escrito en el pulgar del Inca Atahuallpa) sino, en su forma ambigua, exhibe cierto querer mal o malcuidar, una corrupción que el Inca señaló –también– como expropiación, aunque de un modo sutil, al decir que los historiadores al contar y los conquistadores al nombrar “interpretaron fuera de la propiedad” (I, 4) de la lengua general del Perú. Esta transformación de la naturaleza del signo interviene así la cadena simbólica donde se fundan los *Comentarios reales*, es decir, las crónicas de Indias, en tanto no es sólo el “contenido imaginativo de la escritura del Inca” y “el sesgo autobiográfico que predomina en la narración” sino “esa concepción intensamente personalizada y trágica de la historia [...] lo que hace de su historia un texto único en los anales de la historiografía de Indias” (Pupo-Walker, 1976-1977: 123 y 126). Pero además, notablemente, dicha transformación interrumpe la relación entre sujeto y relato, no sólo resaltando la discontinuidad genealógica (Inca/Garcilaso), geográfica (aquí/allá) y discursiva (decir *es* interpretar)³ sino, y al señalar todo esto “con dedo desde España”, poniendo en escena un “afuera” de la lengua, española o india, una exterioridad que es –exactamente– el lugar desde donde señala.

Esa exterioridad, que en los *Comentarios reales* se evidencia en su lógica temporal sincopada, se organiza –no obstante– en “el discurso de la historia”. Y es justamente allí, en esa conjunción de experiencia, anacronismo y fábula donde aparece la infancia (la del Inca pero también la nuestra, la de nuestra literatura), no como origen sino “como un *Urfaktum* o un *archiacontecimiento*” (Agamben, 2003: 68), allí donde la lengua se hace discurso y el código heredado (lo natural) se vuelve código no heredado (cultura): la naturaleza se torna historia, lo semiótico, semántico, y el no poder decir –ese misterio y esa in-fancia: el paraíso mudo de los Incas– se vuelve comentario real, un poder-decir “bajo encantamiento”.⁴ Exterioridad cuya experiencia literaria el Inca recrea, con mínima certeza y máxima evidencia, en su tan famoso “Prólogo” a la segunda parte de los *Comentarios reales* donde escuchamos a “Su Majestad” –sin duda de acuerdo con aquello de “por el fruto se conoce el árbol” (II, 1, 20)– recomendar al prior del real convento de San Jerónimo no sólo la lectura de los *Diálogos* de León Hebreo sino la traducción del Inca Garcilaso, pues “es fruta nueva del Perú” (II, 1, 16), escena cuya paradoja lindante con el absurdo (¿qué “árbol” espera el Rey que conozca el prior al leer los sensuales diálogos neoplatónicos escritos por un judío exiliado en Italia traducidos por un indio fuera de Cuzco? ¿El del Perú?) percibe don Francisco Murillo al preguntarle al Inca, renglones más abajo: “Un antártico, nacido en el Nuevo Mundo, allá debaxo de nuestro hemisferio, y que en la leche mamó la lengua general de los indios del Perú, ¿qué tiene que ver con hazerse intérprete entre italianos y españoles?”

Este fuera de lugar, aquella experiencia de discontinuidad, esa *in-fancia*, el narrador de los *Comentarios reales* los recuerda perfectamente, y por eso subraya que cuando dejó el Perú, incluso cuando jugaba en las ruinas de Saqsawaman o vio las momias de sus antepasados, “no pensaba escribir de ellos” (I, 321), vale decir que “en mis niñezes” (II, 1, 241) y “como muchacho, no curaba saber tan por extenso las cosas que veía hacer a los indios” (I, 427). Esa intermitencia de los *Comentarios*, que hoy pueden lamentar sus estudiosos (Cerrón-Palomino, 2013: 145), es no obstante un tiempo histórico fundacional y datado, aunque inconmensurable, que el narrador llama –infatigable– “mis tiempos” y que refiere aproximadamente al período comprendido entre 1539 y 1560. En su carácter convergente (entre caos primordial y prolijo aleph), ese “mis tiempos” logra –al ubicarse a la misma distancia de un lapsus calami y de un lapsus linguae– que el lenguaje de los *Comentarios* no pueda presentarse a sí mismo como totalidad y verdad, toda vez que organiza la dimensión “de una *historia trascendental*, que de alguna manera constituye el límite y la estructura a priori de todo conocimiento histórico.” (Agamben, 2003: 69).

³ Tanto si *decir* re-crea un “recitar” (cf. Mazzotti) como si re-envía a la tradición humanista, a su retórica y su filología (cf. Zamora, Rodríguez Garrido y González Echevarría).

⁴ Si bien, como señala López Baralt, las “dotes de antropólogo” (2009: 14) del Inca Garcilaso son ciertas, los *Comentarios* no ponen en funcionamiento –como la obra de Lévi-Strauss– una máquina antropológica (“una máquina que transforma el lenguaje humano en lengua prebabélica, la historia en naturaleza”, dice Agamben) sino “la máquina opuesta, que transforma la pura lengua prebabélica en discurso humano, la naturaleza en historia.” (Agamben, 2003: 88)

Por eso, y porque a la infancia se accede a través de la experiencia en tanto “experimentar significa necesariamente volver a la infancia como patria trascendente de la historia”, es que la historia en los *Comentarios reales* no constituye un progreso continuo a lo largo del tiempo lineal “sino que es esencialmente intervalo, discontinuidad, *epokhē*” (Agamben, 2003: 74). De aquí que las “dos edades” postuladas por Garcilaso (I, 28), y que explican un antes y un después de los incas, no sea una organización cronológica sino cultural del relato histórico y se superpongan no sólo a nivel referencial (“lo que entonces había en aquella Primera Edad y al presente hay” I, 32) sino semánticamente (“están hoy en aquella rusticidad antigua” I, 34), incluso topológicamente: del lado de acá y del lado de allá. No hay línea del tiempo, ni irreversibilidad alguna: no hay modernidad tampoco. *Nunca fuimos modernos*, dice el Inca mientras funda, también, esa distinción (cf. Latour, 2007). Por eso, no sólo ciertas habilidades encomiables de los indios, como el aprender “con facilidad y brevedad” (I, 139-40) o el modo de cruzar los ríos (I, 182-3), continúan inalteradas, sino que otras costumbres –censurables– como la de hacer y beber el fortísimo *uiñapu* (I, 516 y II, 1, 118) prohibido por los Incas, han retornado con los españoles; e incluso una rebelión como la de los araucos dura “hasta hoy que entra ya el año de 1603” (I, 474) y hasta hoy “que es ya entrado el año de mil seiscientos y treze” (II, 3, 252). Y si bien la ejecución de Túpac Amaru cierra la segunda parte de los *Comentarios*, no deja de ser un episodio anterior al último capítulo de la primera parte que así –o ahora sí– queda, cultural, temporal y políticamente, fundado.⁵

Y de esta discontinuidad, una vez más, la experiencia del narrador es prueba reiterada: y así ve en Cartagena indios todavía desnudos e incluso a los de Pasau, nación barbarísima que el mismo Huica Cápac prefirió no civilizar, y da cuenta de cómo, ya entrado el siglo XVII, todavía ni los indios hablan español correctamente ni los españoles la lengua general de los incas, manteniendo juntas pero esencialmente interrumpidas esas otras dos edades que, ahora, se combinan con un antes y un después de los españoles. Aunque “ahora” –a diferencia de “mis tiempos”, comenta el Inca– “me dicen que está ya todo confundido” (I, 501): he aquí, entre “ahora” y “mis tiempos”, una vez más el intervalo o el salto que los *Comentarios reales* fundan y sortean incomparablemente. En este sentido, o por eso, los tiempos del narrador –esa infancia de los *Comentarios*– aún caóticos pueden ser prolijamente descriptos, claros y distintos a su escritura, incluso cuando su imagen en ella resulte un anacronismo manifiesto aunque no un anacronismo incoherente. Así ocurre tópicamente con Cuzco, en cuya pintura –intercalada entre el final de la vida del Inca Pachacútec y el inicio del gobierno del Inca Yupanqui– alternan lugares y construcciones incaicas con la nómina de españoles-conquistadores que allí vivían, o vivieron en “mis tiempos”, abismando una ciudad en otra, una época en otra, una discontinuidad en otra. Quizá por eso Cuzco sea, a un tiempo, miniatura y espejo del imperio: “Por tal orden y concierto que, bien mirados aquellos barrios y las casas de tantas y tan diversas naciones como en ella vivían, se veía y comprendía todo el imperio junto, como en el espejo o en una pintura de cosmografía” (I, 437). De donde el efecto no hace sino potenciarse: diseñada de tal manera por Manco Cápac, primer Inca, y descripta así por Garcilaso, imaginariamente el último (pues continuará escribiendo hasta que la historia acabe), la de idea de que en Cuzco se vea y comprenda el imperio es clara y distinta, aunque no lo sea el imperio mismo, que es total y absolutamente discontinuo pues refiere simultáneamente al que forjaron los incas y al de Carlos V que (en “mis tiempos”) lo contenía,⁶ y que –dicen Brading (2003) y Mazzotti (1996)– puede a su vez ser contenido por el “Sagrado Imperio inca” o el “Imperio del Perú”.

Dije que la infancia del Inca y sus *Comentarios*, aproximadamente, podía circunscribirse al lapso que va de 1539, cuando nace, a 1560, cuando deja el Perú. Pero eso no es exacto, no tanto porque un joven de 20 años –criado, además, “entre armas y caballos, sangre y fuego de las guerras” civiles– no pueda considerarse exactamente un infante, cuanto porque en ese período el Inca Garcilaso de la Vega no existe, y no sólo no existe una persona con ese nombre sino tampoco –según él mismo ha dicho (cf. supra)– el autor de los *Comentarios reales*. De hecho, ni siquiera existe la lengua con la que Inca escribe su obra cumbre: como ha demostrado Cerrón-Palomino, el purismo del Inca responde al “surgimiento de una nueva *norma* en la pronunciación (y escritura) de los vocablos quechuas” (2013: 58), norma que españolizaba las voces

⁵ Literariamente al menos, la rebelión permanente de los araucos (cincuenta años registra el Inca, es decir, casi toda su vida) también constituye una dimensión exterior (geográfica incluso: Chile) y permite pensar otra vuelta de tuerca, otro cierre cuya “justicia poética” sería también –y al mismo tiempo– “providencial” y de tragedia griega, pues serán los araucos quienes finalmente “venguen” la muerte de Túpac Amaru al matar a quien lo prendió, el capitán Martín García Loyola (II, 3, 253). Y quizá no sólo literariamente, pues desde allí –desde Chile– en 1820 parte el general San Martín –quien impulsaba la reimpresión de los *Comentarios reales*– para independizar Perú del dominio español.

⁶ Y ahora, confusamente: “Esto era el año de 1560. Ahora, que es 1602 que escribo esto, está ya [el pueblo Cayaucachi], según me han dicho, dentro del Cozco, cuya población se ha extendido tanto que lo ha abrazado en sí por todas partes.” (I, 436).

quechuas haciéndolas sentir “propiamente castellanas” (2013: 59). Esta “norma castellanizante” (2013: 59) – probablemente instalada en y por colegios nobles, escuelas y parroquias– afectó al Inca en su infancia peruana (doblemente diglósica: el castellano y el quechua, en general, y dentro de ésta, su variedad materna y la lengua general) y “en el ostracismo [...] no haría sino reforzar en el Inca la misma práctica que censuraría más tarde entre sus coterráneos” (2013: 60). De allí que todavía en 1586 y 1589, en sus cartas a Maximiliano de Austria y a Felipe II respectivamente, se presentara como “Inga” (españolización de Inca) y que, en la portada de 1590 de su traducción de León Hebreo, apareciera “Inga”, “Cuzco” y “Pirú”. Recién en 1596 (en el concebido como prólogo de su *Florida*, manuscrito conocido como “Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas”), “ya no escribe más nuestro historiador <Gualpa>, <Topac> e <Inga> sino <Huallpa>, <Tupac> e <Ynca>, respectivamente; y aunque no se tratara de una voz quechua, tampoco escribe ya <Pirú> sino <Perú>” (Cerrón-Palomino 2013: 61). Así, en 1605, la portada de la *Florida* dice *Florida del Inca*. Quizá por eso el Inca elige “hablar en glosa”, *lalein glosse*, según dice Pablo a los Corintios (I 14, 1-25), es decir, asentando palabras cuyo sentido cabal se desconoce, pues la suya es todavía una palabra extraña a la lengua de uso, y “hablar-en-glosa significa, entonces, hacer experiencia, en sí misma, de una palabra bárbara, que no se sabe; experiencia de un habla ‘infantil’” (Agamben, 2016: 127).

No obstante allí, en ese triángulo de inexistencias (la de un nombre de autor, la de un historiador de los Incas y comentador de los historiadores españoles y la de una lengua con la cual hacer todo eso), radica el narrador de los *Comentarios* su “memoria sensible” (Battcock, 2016: 71), el quantum de su experiencia, como la patria trascendente de su historia a la que necesariamente vuelve como a una infancia. Pues la infancia de los *Comentarios* no señala ni garantiza ningún origen sino la inteligibilidad de la historia y la coherencia del sistema, de modo que allí no hay “hechos” sino algo que todavía no ha dejado de acaecer. Y eso que aún sucede y asalta, desigualmente, al lector y al narrador de los *Comentarios* es justamente el paso o el “salto” de la experiencia de la lengua al discurso de su historia, la evidencia palpable de una discontinuidad tan esencial como histórica, la que además nos muestra y demuestra que –como americanos– no hemos sido hablantes de español (portugués, francés o inglés) desde siempre y que es justamente esa discontinuidad la que nos vuelve americanos.

Pues si lo que “caracteriza de manera exclusiva y fundamental al lenguaje del hombre” (Agamben, 2003: 71) es la infancia, al instaurar la escisión entre lengua y discurso, al demostrar que el humano no es hablante desde siempre y al obligarlo –para constituirse como sujeto del lenguaje– a salirse de la lengua; lo que caracteriza de manera exclusiva y fundamental el lenguaje del americano es también, pero violentamente (quiero decir: históricamente), esa discontinuidad que desnaturaliza la originalidad de sus lenguas (europeas e indias) al salirse de ellas. Y en esa lengua escribe el Inca sus *Comentarios reales*, pues no lo hace en la lengua del español y tampoco en la de los incas y, menos aún, en lo que llama –peyorativo pero elocuente– “lenguaje indiano” (II, 1, 68). Y cuando llama a su patria “Perú” ya está fuera, experimentando aquella exterioridad “con el dedo desde España”, y entonces el salto –la discontinuidad, su *epokhé*: esa fundación– se vuelven evidentes, casi tangibles, pues “Perú” ya no es ni designa nada en español ni en indio sino en una lengua nueva, habida cuenta de que ni expresa un deseo y un malentendido español (I, 16) ni, “aunque ha 72 años que se conquistó, [los indios] no toman este nombre en la boca” (I, 17). Nadie habla “Perú” cuando escribe el Inca. Otra vez los códigos heredados (el español, el quechua) se tornan no heredados (el lenguaje de los americanos): un lenguaje cultural, históricamente constituido en la discontinuidad y la desnaturalización de otras lenguas (vernáculos, generales, inventadas, impuestas).

Esa discontinuidad entre lengua y discurso, esa infancia, en América, encuentra en el Inca Garcilaso y en los *Comentarios reales* no al que arroja sino, como propone Mazzotti, al que coloca la primera piedra. Fundador o clásico de la “simultaneidad impensable” (Zanetti, 1987: 189) de nuestra literatura. De allí en más será esa nuestra diferencia, la infancia de nuestra lengua, la que –para decir– obliga a salirnos del español sin poder entrar, cabalmente, en ninguna otra; la que nos comprende como no hablantes de español desde siempre y, por tanto, proyecta lo que decimos –siempre– al límite de otras lenguas u otros códigos, anteriores u olvidados, fantaseados o prescritos, imposibles o vedados. Qué, si no, es el francés en Rubén Darío, el náhuatl o el latín en sor Juana, el quechua en Arguedas, el tupí en Guimarães Rosa, el guaraní en Roa Bastos, el inglés en Kamau Brathwaite, el castellano en William Carlos Williams y en Lucia Berlin. ¿En qué lengua podemos leer y entender –hoy, todavía– a Nezahualcóyotl? La capacidad del americano (lengua y hablante) de, cada vez que dice, estar comentando otras lenguas, deliberadamente o no, y hacerlo además en ninguna de ellas, es nuestra herencia no heredada por Inca Garcilaso. Y, más aún, la práctica singular o primigenia quizá no de un archivo americano pero sin duda de nuestras artes archivológicas, que –como siempre– insuperable caracterizó Alfonso Reyes: “si la Memoria es madre de las musas, sospechamos que la enfermedad de la memoria dio el ser a otras musas menores a las que podemos llamar las artes archivológicas. Entre ellas, la escritura” (1969: 9-10). Fin de cita.

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio (2016). *El final del poema*. Trad. de Edgardo Dobry. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- , ----- (2003). *Infancia e historia*. Trad. de Silvio Mattoni. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Aira, César (2004), “Los todos parciales de Gordín”, en *Sebastián Gordín: pequeños reinos*. Buenos Aires: Espacio Fundación Telefónica. Disponible en: www.sebastiangordin.com.ar/textos_catalogolostodos.html
- Asensio, Eugenio (1953), “Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 7, n.º. 3/4, págs. 583-593.
- Battcock, Clementina (2016), “*Iskay pachapa chawpimpi*: el universo doble del Inca Garcilaso”, *Cuadernos Americanos*, vol. 3, n.º. 157, págs. 63-76.
- Brading, David A. (2003), “Un humanista Inca”, en *Orbe indiano*. Trad. de Juan José Utrilla. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 283-301.
- Cerrón-Palomino, Rodolfo (2013): *Tras las huellas del Inca Garcilaso: el lenguaje como hermenéutica en la comprensión del pasado*. Boston: Latinoamericana editores–CELACP–RCLL.
- Colombi, Beatriz (2016), “Del reinar al vasallaje: armonía y despojos en los *Comentarios reales*”, *Cuadernos Americanos*, vol. 3, n.º. 157, págs. 51-62
- Cornejo Polar, Antonio (1994). *Escribir en el aire*. Lima: Horizonte.
- Deleuze, Gilles (1989). *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Trad. de José Vázquez y Umbelina Larraceleta. Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel (1995). *Nietzsche, Freud, Marx*. Trad. de Carlos Rincón. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Garcilaso de la Vega, Inca (2004 [1991]). *Comentarios reales*. Ed., pról., índice analítico y glosario de Carlos Aranibar México: Fondo de Cultura Económica.
- , ---- (1944). *Historia general del Perú*. Pról. de José de la Riva Agüero y ed. de Ángel Rosenblat Buenos Aires: Emecé.
- González Echevarría, Roberto (2000). *Mito y archivo*. Trad. de Virginia Aguirre Muñoz. México: Fondo de Cultura Económica.
- Grüner, Eduardo (1995), “Por una política de la interpretación”, en Michel Foucault. *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: El cielo por asalto, págs. 9-28.
- Guerrero, Gustavo (1998). *Teorías de la lírica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Latour, Bruno (2012). *Cogitamus. Seis cartas sobre las humanidades científicas*. Trad. de Alcira Bixio. Buenos Aires: Paidós.
- , ----- (2007). *Nunca fuimos modernos*. Trad. de Víctor Goldstein. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Longino (2014). *De lo sublime* [Eduardo Gil Bera]. Barcelona: Acantilado.
- López-Baralt, Mercedes (2009), “El Inca Garcilaso: de la traducción de culturas al arte de bregar andino”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 35, n.º. 70, págs. 11-26.
- Mazzotti, José Antonio (1996). *Coros mestizos del Inca Garcilaso*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- Pupo-Walker, Enrique (1976/1977), “Sobre la configuración narrativa de los *Comentarios reales*”, *Revista Hispánica Moderna*, 39-3, págs. 123-135.
- Reyes, Alfonso (1969), “Hermes o de la comunicación humana”, en *La experiencia literaria*. Buenos Aires: Losada, págs. 9-40.
- Rodríguez Garrido, José (1995), “La identidad del enunciador en los *Comentarios Reales*”, *Revista Iberoamericana*, vol. 61, n.º. 172-173, págs. 371-383.
- Sommer, Doris (2005), “Mosaico y mestizo: El amor bilingüe, de Hebreo a Garcilaso”, en *Abrazos y rechazos*. Trad. de Carlos José Restrepo. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, págs. 101-138.
- Vaché, Jacques (2013): *Cartas de la guerra*. Trad. de Martín Abadía. Buenos Aires: Editores Argentinos.
- Zamora, Margarita (2918): *Lenguaje, autoridad e historia indígena en los Comentarios reales de los Incas*. Trad. de Vanina M. Teglia y Juan Rodríguez Piñeiro. Lima: CELAP-Latinoamericana editores.
- Zanetti, Susana (1987), “La lectura en la literatura latinoamericana”, *Filología*, año 22, n.º. 2, págs. 175-189.
- , ----- (2000), “¿Un canon necesario? Acerca del canon literario latinoamericano”, *Voz y escritura*, n.º. 10, págs. 227-241.